

PEDRO A. GOMEZ NARANJO  
GOBERNADOR DE SANTANDER



# Homenaje

# al General Solón Wilches

Discurso pronunciado en Bucaramanga,  
el 7 de abril de 1935.

1935

Imp. del Departamento.—Bucaramanga.



GENERAL SOLON WILCHES

## DISCURSO

pronunciado por el Gobernador del Departamento de Santander doctor Pedro A. Gómez Naranjo en la celebración del primer centenario del nacimiento del General Solón Wilches.

BUCARAMANGA, ABRIL 7 DE 1935



Señores:

Hace un siglo el hogar de don Andrés Wilches y de doña Martina Calderón, estuvo pleno de alegría, en la pintoresca población del Cerrito—situada en el corazón de García Rovira, y cuyos verdes y fecundos campos cruza en la actualidad la carretera central del Norte como una daga de oro,—porque se celebraba el fausto suceso del advenimiento de Solón Wilches, que había de ser con el correr de los días el hombre más eminente del Estado Soberano de Santander. En la iglesita blanca del pueblo que se alza como una oración sobre un túmulo escalonado rodeado de jardines, las campanas pregonaron con sus lenguas de plata la llegada feliz del vástago prometedor de la familia patricia.

Hoy venimos aquí los santandereanos pletóricos de ferviente emoción, a rendirle a la memoria del valiente caudillo liberal el homenaje sencillo de nues-

tra admiración. Inauguramos en el barrio «Páez de Sotomayer» la escuela y la plaza que de hoy en adelante llevarán su nombre como un recuerdo simbólico, porque en los claustros aprenderán los niños de las nuevas generaciones las hazañas del gran impulsor de nuestro progreso y porque sobre la piedra que colocarán nuestras manos con amoroso deleite, se levantará en día no lejano el bronce que eternizará su figura gallarda y atrayente.

El general Wilches desarrolló las principales actividades de su vida en una época en que las guerras civiles le habían dado en Colombia al valor pendenciero de los hombres una heroica trascendencia, y en que el romanticismo de una legislación «escrita para ángeles» establecía en el ambiente caldeado por los ardores de las revueltas una antítesis hermosa. Época bella y contradictoria, en que los hombres creían en el ideal y se mataban por él. Buscaban el albergue perfumado de los salones y se dejaban marear levemente a los compases de la contradanza, con el mismo entusiasmo con que cruzaban las campiñas sobre caballos veloces o esperaban horas enteras detrás de la trinchera el paso acelerado de los enemigos.

Solón Wilches tenía la arrogancia caballeresca de sus ascendientes españo-

les y la viveza indígena de sus progenitores nativos. Su mano blanca y suave sabía empuñar la espada para mandar los escuadrones voluntarios y coger la pluma para escribir los más trascendentales documentos de estado. Sobre su porte gentilísimo de caballero flotaba un halo de bondad que hacía su figura imponente y subyugadora.

La personalidad de este hombre magnífico que pasó por la historia de Colombia dejando honda huella, tenía las modalidades más variadas. Era culto en extremo, conocedor de los secretos de la milicia, versado en leyes, agricultor técnico, humanista profundo. Fué el más alto exponente de las virtudes de la raza santandereana. Su orgullo era la coraza que llevaba sobre el pecho arrogante para resistir los embates de todos los fanatismos, y cuando se encastilló en su hacienda como en una torre de marfil, hizo de su desprecio una valla infranqueable para colocarla entre él y sus enemigos.

La historia de las actividades de su vida pública, es la más múltiple y brillante que se puede ofrecer como ejemplo en la tierra santandereana. Se destacan en ella principalmente sus ejecutorias de magistrado, de militar, de gobernante y de legislador. Siempre lo guiaron las luces de su conciencia dia-

mantina y de su prodigioso talento y si en su época la pasión de sus enemigos quiso empañar el brillo de su obra, la posteridad le ha hecho justicia y ha reconocido la extraña facultad de clarividencia que se descubre en todas sus acciones.

Hizo estudios de ciencias políticas y jurisprudencia en los colegios de San Bartolomé y el Rosario, concluidos los cuales en el año de 1856, regresó a García Rovira, donde ejerció la Judicatura demostrando su claro criterio y su respeto a la ley. Para el biógrafo que acometa el estudio documentado de la vida del general Wilches, tiene una importancia excepcional este rasgo inicial de su carrera. En el ejercicio de esa alta misión aprendió a conocer el corazón humano y a medir la justicia de las acciones de los hombres; aquilató sus conocimientos de la legislación y adquirió la experiencia y cierta lucidez crítica que tanto le sirvieron en las posteriores actuaciones de la vida pública.

Como militar, su carrera fue una serie de triunfos, desde que comandó en 1859 «la columna de García Rovira» hasta que obtuvo en el año de 1872 el alto cargo de comandante en jefe de la guardia colombiana. Sus ascensos los conquistó por rigurosa escala, llegando a ser general a los 27 años. Como dice uno de

sus biógrafos, en cada batalla ganó una hoja de laurel.

El general Wilches fué un gobernante de grandes y fecundas energías, de iniciativas admirables y de clarísima visión. Este aspecto de su vida es el que tiene mayores motivos de meditación para los santandereanos, porque él comprendió con una nitidez de vidente las necesidades de nuestro suelo y sostuvo contra la incomprensión de la época los postulados iniciales de nuestro progreso. El camino de García Rovira a Casanare, el ferrocarril de Cúcuta, el ferrocarril de Bucaramanga al Magdalena, que llamó entónces el ferrocarril de Soto, fueron concepciones de su mente prodigiosa. La Asamblea lo secundó en sus esfuerzos, pero los enemigos que no tenían su portentoso vuelo mental, lo acusaron implacablemente porque quiso crearle rentas a la obra del ferrocarril que aseguraran su construcción en el plazo de ocho años.

En julio de 1881, el pueblo de las riberas del Magdalena llamado «Monte Christo», que sirvió de punto de arranque al ferrocarril, fué bautizado por el jefe departamental de Soto, don Francisco Ordóñez, con el nombre de Puerto Wilches, como un merecido tributo de justicia al gran conductor que se desvelaba por la prosperidad del Estado.



El General Wilches fué Presidente del Estado Soberano de Santander en el año de 1870 y después, de 1878 hasta septiembre de 1884, época en que fué candidato a la Presidencia de la República. En su discurso de posesión en el 78, esbozó así su programa de gobierno: «Escuelas y caminos, respeto a Dios y a la Constitución». Y lo cumplió estrictamente, porque impulsó la instrucción pública, fué el más decidido ejecutor de las vías de comunicación y demostró la más democrática tolerancia en su administración.

La empresa del ferrocarril al Magdalena que ideó el general Wilches, era de vastas proporciones y de grandes perspectivas para toda la República. Hay que leer todos los documentos en que quedó la constancia de ese grandioso esfuerzo para comprender el entusiasmo que desplegaron para la realización de la obra el Presidente del Estado Soberano y el Ingeniero doctor Abelardo Ramos, a cuyo cargo estaba la construcción. En los siguientes apartes del informe rendido por el general Wilches a la Asamblea, el 20 de noviembre de 1880, se ve la practicabilidad de la obra y sus proyecciones en todo el territorio patrio, que han sido la pauta del legislador en los últimos tiempos para acometer la ejecución de la red de ferrocarriles troncales:

«En desarrollo de las disposiciones que me facultan para acometer la empresa del ferrocarril de Soto al Magdalena, celebré con el Ingeniero doctor Abelardo Ramos el contrato que veréis en el número 1441 de la *Gaceta del Estado*, y en su virtud emprendió inmediatamente los trabajos en asocio de los ingenieros Daniel Martínez y Crisóstomo Herrera, con los prácticos y peones suficientes. —Principió el señor Ramos por hacer una exploración, cerciorándose luégo de la fácil practicabilidad de la obra y determinando los puntos cardinales de la vía que arranca del río Magdalena, en territorio santandereano, y termina en Piedecuesta; vía que pasa por Bucaramanga y sale de la hoya plana del Lebrija—».....

«No es, señores, un delirio el suponer, que una vez terminada la empresa en el Departamento de Soto, que tiene impulso desde los Estados de la Costa atlántica, continuará su desarrollo, por un sistema prudentemente enérgico y económico, que sin violentar los recursos y operaciones fiscales, la lleve en breve a los Estados de Boyacá y Cundinamarca y por Girardot al Tolima; estando no muy tarde golpeando en el gran contrafuerte de la cordillera del Guanácas, para abrirse paso al hermoso y rico valle del Cauca, y enlazarse allí con su ferrocarril que viene de las aguas del Pacífico.»

El 29 de septiembre de 1882, a la una de la tarde, la primera locomotora y su tren hicieron felizmente su primer viaje de prueba en el kilómetro primero. El sueño del vidente se realizaba. Pero la adversidad se opuso a la prosperidad

de Santander. Las luchas civiles, el caos administrativo, la inercia, la incómprensión, paralizaron ese heroico y trascendental propósito. Una comparación de fechas es la mejor demostración del infortunio de nuestra anhelada ferrocarril: el 20 de julio de 1930 llegó a *Las Bocas* la locomotora que había salido de Puerto Wilches en el año de 1882. Medio siglo para coronar un esfuerzo. La vida de muchas generaciones para ver convertido en realidad el sueño redentor de Solón Wilches.

Santander no puede olvidar al hombre que descuajó la selva, que recorrió sus ríos en piraguas indígenas, que en las llanuras de Casanare tuvo que comer con sus compañeros la carne de su propio perro y las cubiertas de sus machetes de exploradores, para buscar la felicidad y el progreso de su tierra. Hoy la montaña sigue provocando la acometida de los hombres, con sus árboles centenarios, sus animales salvajes, sus ríos impetuosos y sus climas traicioneros. Pero sus entrañas están atravesadas por las líneas de acero, porque así lo quiso Solón Wilches. Por eso en las noches tétricas en que se hace más agorero el canto de los pájaros de la selva, una sombra corre vertiginosa por sobre los rieles: es el espíritu de Wilches que nos vigila y que nos anima.

En las Asambleas, en la Cámara y en el Senado, corporaciones a las cuales concurrió en representación de Santander, prestó el concurso de su inteligencia al desarrollo de la obra legislativa, siempre con patriotismo y demostrando su amor a la República y a la región de la patria que lo consideraba como su hijo más preclaro.

La agricultura de Santander le debe al General Wilches muy importantes iniciativas. Labró la tierra con amor, convencido de que ella nunca traiciona y de que siempre tiene el fruto generoso para los que buscan en sus entrañas el jugo de la vida. Fundó en Concepción el Instituto Agrícola de García Rovira. La Asamblea de este Departamento haría una obra espléndida si restableciera ese Instituto en aquella zona santandereana tan propicia por la calidad de sus tierras para una intensa labor de mejoramiento de la agricultura. Así se llenarían dos fines: vincular el nombre del eximio varón a un plantel para la difusión de la cultura campesina y llevar un motivo más de tranquilidad y de paz a la Provincia lejana que ha sufrido durante varios años el rigor de una fatalidad sin precedentes.

Al hombre eminentísimo cuyas ejecutorias y merecimientos quedan consignados en estas palabras de efusiva

recordación, es a quien honramos hoy. Nadie en Santander es tan merecedor como él de todos los homenajes, porque supo vivir para nuestra tierra, abrir en nuestras breñas cauces hondos al progreso y sentar con su ejemplo y con sus actuaciones en el gobierno del Estado las bases de la verdadera democracia. Llor a su memoria y para su nombre un sitio de afecto en los corazones de los santandereanos!

La Gobernación del Departamento agradece a la Compañía de Fomento Urbano, al Centro de Historia de Santander, a la Administración del Ferrocarril de Puerto Wilches, al Ejército y a la Policía la generosa participación que han tenido en la conmemoración del centenario del nacimiento del eminente patriota, que fué en los campos de batalla «el León del Norte» y en las luchas de la vida cívica el patriota sin tacha, y que al exhalar el último aliento en la libérrima ciudad de Concepción, el 13 de octubre de 1893, expresó la postrera magnanimidad de su noble corazón en estas inmortales palabras:

«Me voy al Todopoderoso, donde no hay intrigas ni traiciones. Mis enemigos se quedan abajo, y yo los perdono»!